

El clima de ayer y de hoy

Pedro M. González Quijano
Ingeniero de canales, caminos y puertos

NOTA PRELIMINAR: El presente artículo fue publicado en la Revista de Obras Públicas, Vol. 63, Tomo I, nº 2060 (1915); pp. 144-145

«No lloraba tan tiernamente Elena al representarle el cristal los estragos que el tiempo había hecho en su belleza: *Flet quoque ut in speculo rugas conspexit aniles Tindaris*, como el mundo se lamenta de las ruinas que contempla en su vejez imaginaria. A cada paso se oyen las quejas de que el transcurso de los siglos ha abreviado á la vida humana los plazos, debilitado las fuerzas corporales, aumentado el número de dolencias, disminuido por defecto de la facultad prolífica el de los individuos; y para dar materia más dilatada al dolor, en todo aquello que puede servir al hombre, se representa la misma decadencia, en los alimentos menos sustancia, en los medicamentos menos virtud, en la tierra menos feracidad, y hasta en los cuerpos celestes más débiles influjos.»

Con estas palabras empezaba el padre Feijóo su discurso sobre la «Senectud del Mundo» incluido con el núm. 12 en el tomo I de su *Teatro crítico universal* publicado en 1726, y aunque van transcurridos casi dos siglos, los errores que combatía el ilustre benedictino no han sido todavía del todo aventados de los cerebros, ni aun de los doctos; sólo que hoy, huyendo de la zafia ignorancia del vulgo, suelen variar de forma y hasta salir adecentados con el ropaje y los atavíos de la ciencia.

¿Cuántas veces no hemos oído hablar, por ejemplo, de las excelencias del clima de España en los tiempos remotos, de la riqueza y feracidad de su suelo, de la multiplicidad de sus producciones y hasta de la población enorme que con tales ventajas, llegó á sostener nuestra Península? Cierto que dan alguna apariencia de verdad á la leyenda los relatos de algunos antiguos historiadores, no siempre notados por su espíritu crítico, y cuyas afirmaciones, al pasar de unos a otros, suelen llegar hasta nosotros considerablemente amplificadas, por el empeño de todos de enaltecer el objeto que tratan, empeño al que no siempre es extraño ese desmesurado amor patrio que rara vez se detiene, y nunca lo hace sin disgusto, en los límites precisos de la más rigurosa exactitud. Pero si es esto cierto, y no á todos se ha de pedir el cotejo minucioso de textos y citas, no menos cierto es que la creencia encuentra preparada favorable acogida en aquella tristemente plácida tradición, no olvidada todavía por la fantasía del pueblo, de la edad dorada, con que plugo adornar á los poetas la cuna de la humanidad.

Esto es, sobre todo, patente, en lo que al clima se refiere, porque, si éste depende de la latitud del lugar, de su disposición topográfica y de la distribución á su alrededor de tierras y mares ¿en qué puede haber cambiado desde los tiempos históricos, si ningún cambio importante ha tenido lugar durante ellos en nuestra geografía física? No es posible recurrir á un supuesto misterioso envejecimiento del mundo; pero las antiguas consejas siempre buscan nuevos afeites con que disimular sus arrugas, y á la hora de ahora es la acción abusiva é impremeditada del hombre en el descuaje y roturación de montes y selvas, la que carga con el sambenito de todos esos supuestos cambios de clima, que nos habrían traído la sequedad ambiente, la escasez ó irregularidad de las lluvias, las temperaturas extremas, y que amenazarían con dejar convertido en el porvenir en desolado desierto el que un día fuera terrenal paraíso.

Quizás aún esos mismos descuajes se han exagerado en demasía, y faltaría probar si, en la época de mayor esplendor de la dominación romana, el área forestal de España en la parte más poblada y rica era muy superior á la de hoy; pero sea de ello lo que quiera, el atribuir á ese cambio la sequedad del clima es olvidar que no hay en Europa país alguno donde la devastación de los montes haya sido más completa que en Inglaterra, y, sin embargo, es ésta también de los más húmedos y lluviosos, hasta el punto de haber sido bautizado con el título de «nebulosa Albión».

Y es que la lluvia depende casi exclusivamente de los vientos, y los vientos de la circulación general y de las grandes perturbaciones de la atmósfera, y esto, que es hoy punto fuera de toda duda en la Meteorología moderna, era ya conocido de nuestro Séneca, que decía al hablar de los vientos en sus *Cuestiones naturales*:

«Ya amontonan las nubes, ya las diseminan á fin de repartirlas lluvias sobre todos los climas. El Auster las empuja hacia Italia; el Aquilón las rechaza hacia África; los vientos etesios no las dejan permanecer sobre nuestras cabezas. Estos mismos vientos, y en la misma época, vierten sobre la India y la Etiopía torrentes continuos.»⁽¹⁾

Para probar la mayor humedad de las épocas pasadas, se ha pretendido, en ocasiones, buscar argumento en el mayor caudal que se ha supuesto en los ríos, deducido de las facilidades mayores ó menores que prestaban á la navegación. Y así, por ejemplo, se ha dicho del Guadalquivir, bajo la fe de Estrabón, que en la época romana era navegable hasta Córdoba.

Es esta una especie de argumento que reposa sobre una confusión digna de ser notada. No es precisamente un gran caudal lo que necesita un río para ser navegable, sino una pendiente débil que haga la velocidad pequeña y fácilmente manejable la embarcación. Si así no ocurre, un gran caudal, lejos de ser deseable, puede ser inconveniente y hasta imposibilitar en absoluto la navegación. Ahora bien, si hay algo en el río que no puede haber cambiado de manera sensible, es su pendiente general.

Por otra parte, en ejemplos de esta índole, y no es el del Guadalquivir el único que se cita, habría que tener también en cuenta las épocas del año en que la navegación estaba expedita, porque el caudal varía considerablemente de una á otra estación; y, sin embargo, es este punto sobre el que no suelen ser muy explícitos historiadores ni geógrafos.

Ya hacía notar D. Eduardo Saavedra que había una causa general para que la extensión navegable de nuestros ríos fuera menor que en la época romana, y es la multiplicación, sobre todo á partir de la Edad Media, de molinos y artefactos, cuyas presas construidas sin portillos presentaban un obstáculo difícil de franquear; pero en el caso particular que nos ocupa, habrá también que tener en cuenta la naturaleza especial del tráfico, que no siempre se tiene, y que es, sin embargo, elemento importante de juicio.

Porque es cierto que Estrabón dice:

«Las orillas del Betis son de toda la región la parte más poblada; este río puede ser remontado hasta una distancia de 1.200 estadios, próximamente, del mar, es decir, hasta Córdoba y aun un poco más arriba».

Pero después de ponderar el cuidado extremo del cultivo de sus márgenes y la amenidad de sus orillas, añade: «los transportes de gran tonelaje pueden remontar hasta

⁽¹⁾ Libro V, cap. XVIII.

Hispalis, es decir, unos 500 estadios, próximamente, y los buques más pequeños todavía más arriba hasta Ilipa; pero para llegar á Córdoba es preciso servirse de esas barcas de río que, hechas antiguamente de un solo tronco de árbol, lo son hoy de varias piezas ensambladas. Por encima de Córdoba, hacia Castlón, el río cesa de ser navegable.»⁽²⁾

Si se tiene en cuenta lo que podrían ser los grandes tonelajes de la época romana, se comprenderá que la situación no habría de ser distinta de la de hoy.

No parece, pues, que nuestro clima haya podido variar en el periodo que abarcan los recuerdos históricos. Si fuera lícito acogerse en estas materias á la autoridad de un poeta, aquí vendría muy del caso la cita de aquel célebre pasaje de Homero en el que describe la felicidad de los elíseos campos, que Estrabón hace coincidir con la opulenta Tartesia, y a los cuales los dioses conducirán á Menelao:

No es la suerte tuya
dejar la vida en los argivos campos
Te llevarán los dioses al Elíseo
donde preside el Rubio Radamante,
donde están los mortales virtuosos
felicidad eterna disfrutando.
No reina allí la escarcha del invierno,
ni las heladas nieves, ni las lluvias,
de Zéfiro los hálitos tan sólo
un ambiente procuran delicioso.⁽³⁾

¡Feliz país sin lluvias con el cual sólo la poesía puede ser pródiga en alabanzas!

Aunque las investigaciones históricas y la comprobación científica vayan pacientemente destruyendo tales fantasías, la imaginación popular seguirá, sin embargo, poblando el pasado de halagadores sueños. No envejece el mundo, pero envejece el hombre, guardando siempre dulce recuerdo de los años juveniles. *Laudator temporis acti*, como dijo el preceptista latino, y así la tradición nos interrumpe y convierte en verdad eterna el dicho de nuestro Jorge Manrique.

Siempre á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

El pasado, sin embargo, no es más que un recuerdo. Sin abdicar de él, no hay que olvidar tampoco que los pueblos grandes, verdaderamente grandes, tienen que compartir ese culto con el culto del porvenir.

(De la *Revista de Morón*.)

⁽²⁾ Libro III, cap. II.

⁽³⁾ *Odisea*, lib. IV, v. 563. Traducción de D. Antonio de Gironella, Barcelona, 1851, pág. 98.